

Las manos de Albrech Durer

En la Historia del Libro y de la Imprenta no se trata por igual a todos los oficios que intervienen en el proceso de la creación bibliográfica. No pretendo afirmar que todos tengan la misma importancia ¡faltaría más!, pero a veces se alaba hasta la adulación a los autores, verdaderos padres del contenido, en detrimento de esas otras “*cenicientas*”, indispensables para lograr la belleza del libro, en cuanto al continente.

Estoy pensando en los impresores –verdaderos artistas en los siglos XV a XIX– así como los encuadernadores, cuyos trabajos en ocasiones alcanzan la categoría de pieza única e irreplicable. Hace un par de años conocí a un bibliófilo que coleccionaba libros encuadernados por Don Emilio Brugalla, el gran encuadernador de la primera mitad del siglo XX, sin importarle que la obra encuadernada por Brugalla fuera de Religión, de Matemáticas o de cualquier otra disciplina del conocimiento.

Los libreros también tenemos nuestro corazoncito y en ocasiones hemos afrontado riesgos graves –incluso en nuestra integridad física– simplemente por nuestro empeño de poner al alcance de los lectores los libros que los poderosos habían decidido que eran perversos. En otra ocasión podremos comentar algunas anécdotas curiosas de libros y de libreros, pero hoy quiero contarles algo relacionado con los *Grabadores*.

Hacer un grabado hasta la invención de la Litografía no era tarea fácil. Requería ser un buen dibujante, unas dosis casi infinitas de paciencia, un pulso a prueba de nervios y un gran conocimiento de las técnicas del Grabado. Cada uno de los grabados, por ejemplo de Gustave Doré, está formado por miles de líneas, trazadas sobre una plancha virgen. Su trazado ha de dibujarse “en negativo”, de forma que al imprimir sobre la lámina de papel, salga el grabado “en positivo”. Invito a quienes tengan curiosidad a que vean en las bibliotecas libros con grabados antiguos y repasen el contenido de algún Manual del Grabado, mejor si es posible anterior al siglo XX.

El primer maestro que evolucionó el Arte y la Técnica del Grabado fue Albrecht Dürer, conocido como Alberto Durero. Nació en Nüremberg (Alemania) el 21 de Mayo de 1471 y falleció en su ciudad natal el 6 de Abril de 1528. Sus dibujos, pinturas y grabados son verdaderas obras de Arte, ya que supo imprimir una técnica peculiar, por la cual sus grabados lograban la sensación de profundidad, dejando la superficie plana de las pinturas de la Edad Media. El Renacimiento había llegado al Arte del Grabado. Sus grabados sobre planchas de madera y/o de cobre tienen esa estilo inconfundible, que nos permite identificarlos con facilidad. Su edición *Incunable del Apocalipsis* (realizada entre los años 1496 y 1498), es el único libro en que fue al mismo tiempo su impresor y grabador y es de una belleza sublime.

Mucho se ha escrito sobre Durero, su vida y su obra. Tercero de los 18 hijos de un artesano de joyería de origen húngaro, que había emigrado a la actual Alemania en el año 1455, tuvo que comenzar bien joven sus trabajos en el taller de su padre. Allí aprendió sus primeros pasos en la creación artística, tallando y puliendo las piezas que le encargaba su padre. Pronto se dio a conocer su genialidad artística. Pero este librero se fija a menudo en ese detalle secundario, que permite

conocer aspectos humanos de los personajes famosos de la Historia. De eso me atrevo a escribir hoy.

Siempre me había llamado la atención que las manos que Durero pintaba y/o grababa de casi todos sus personajes masculinos eran unas manos poco artísticas, casi deformes. Excepciones eran las manos de Jesús de Nazaret, su joven discípulo y amigo – San Juan Evangelista – y pocos más. Las manos de San Jerónimo, en ese grabado de Durero donde aparece como eremita, serían diagnosticadas por cualquier traumatólogo contemporáneo, como Artrosis Deformante. (Disculpen el uso de palabras sencillas, bien ajenas a la terminología médica). Me he preguntado muchas veces el por qué de ese común denominador en las manos masculinas pintadas por Durero. Al leer por casualidad un libro alemán sobre la vida y obra de Durero, en encontrado la respuesta que contestaba mis inquietudes.

En su juventud, Durero compartió estudios de Dibujo con su amigo, Franz Knigstein, cuyo arte para el dibujo de los animales era excepcional. Los dos jóvenes hicieron muchos planes para su futuro como artistas, pero había un problema de difícil solución. Ambos eran pobres y no podían pagar sus estudios, sin trabajar. Decidieron que uno de ellos trabajaría, para ganar el sustento que precisaban ambos, dedicándose el otro a los estudios superiores de Dibujo, Pintura y demás Bellas Artes. Lo echaron a suertes y correspondió a Durero estudiar, mientras que Franz Knigstein trabajaría como artista de cantería en la fábrica de la Catedral de su ciudad. Era un duro trabajo, para las manos de un artista, pero los canteros debían ser buenos talladores de piedra, para lograr crear de un bloque de piedra las figuras que adornarían el exterior de la Catedral.

Pasaron los años y Durero ganó una posición económica sólida, viajando por Italia y logrando fama y prestigio internacional. Enseguida requirió a su amigo que dejase los trabajos de cantería y comenzase los estudios de Dibujo y Pintura, como única actividad, que sería pagada por el Maestro Durero. Pero los años pasados golpeando la piedra con un martillo y un escoplo en las manos habían dañado la sensibilidad manual de Knigstein. Era incapaz de crear líneas finas de gran belleza con los pinceles.

No hubo forma de recuperar esas manos para el Arte...mejor dicho, sí la hubo, ya que Durero decidió seguir ayudando económicamente a su amigo, quien le servía como modelo, en algunas de sus obras del Grabado. (Algunos estudiosos afirman que su rostro es el del grabado de San Jerónimo...). En cualquier caso, sus manos fueron repetidas una y otra vez. Unas manos poco finas, menos aún elegantes, con nudos de artrosis en las articulaciones, manos de obrero que había trabajado la piedra durante años. Hay una obra bellísima de Durero, titulada “Manos Orando”, que es un boceto para las manos que pintaría luego en su tabla dedicada a los cuatro apóstoles predilectos, según la narración evangélica. Esas manos son las de Franz Knigstein, antes de su trabajo como cantero.

Juan F. Pons, librero